



El Mercurio, Santiago, ene. 24, 1978, p. E3.

000159309

El "Fausto" de Jorge Edwards: 1931-

El Diablo de Anfetríon Chileno

Por Ignacio Valente 1936-

(EL ANFITRION, por Jorge Edwards. Editorial Planeta, Santiago, 1967, 201 págs.)

ES grande la diferencia verbal y narrativa entre esta última y la penúltima novela de Jorge Edwards, *La mujer imaginaria*. El lenguaje que entonces fue lento y errático, es hoy directo, conciso, sapicado por torques de humor y fantasía. Nada de presentaciones lentas u oblicuas; en pocas páginas estamos del todo ambientados. Faustino Piedrabuena, comunista más bien laxo, ex crítico de arte, vive en septiembre del 73 la odisea de exiliarse en Berlín Oriental, donde vegeta con ciertas comodidades mínimas. Desde esa perspectiva contempla a distancia los sucesos chilenos, con el aire desencantado de quien abomina del régimen militar, pero, a la vez, se aleja de los rigores del partido y se siente atraído por la tristeza grisácea del Socialismo Real. Su compensación consiste en ciertas breves y festivas escapadas a Berlín Occidental ("Esto sí que es capitalismo", piensa).

El tono descarnado de su relato, y su aire de no hacerse ya ilusiones ideológicas de ninguna especie, confieren al narrador en primera persona una alta perspectiva crítica a la vez que irónica, y de ella recibe el lector una impresión de fuerte credibilidad. Ese tono, en lo formal, viene dado por una acción narrativa muy rápida —los sucesos vuelan—, por diálogos tan vivos como breves, y por cortos flashbacks de su pasado agreste —talquino— que están muy bien entrelazados con el velo presente. Ya el primer capítulo, pues, anticipa una jugosa sátira del oficialismo y de la revolución a la vez, desde la distancia que proporciona un sufrido exilio. Los capítulos sucesivos alternan el relato en primera, segunda y tercera persona. A veces, el narrador es Faustino, a veces, es una voz que habla con Faustino y, a veces, todavía habla de Faustino. El rápido cambio de puntos de vista narrativo está bien manejado, e introduce variedad en el multiforme relato.

Y, sin embargo, lo que encontramos a poco andar no es la anunciada sátira. Mejor dicho, sigue siéndolo, pero sólo en la medida que constituye un no-visionario personaje central, Apolinario Canales, un Mehistófeles criollo. Si *El anfetríon* es una sátira, lo es con el mismo Lucifer de por medio. Y si este Faustino de Talca es un Fausto criollo



—en la huella de Goethe—, sus vicisitudes político-preternaturales son más satíricas que teológicas. Desde Berlín, Apolinario lleva a Faustino a visitar diversos escenarios chilenos, en una máquina que, no obstante su aspecto de helicóptero, posee más bien las propiedades mágicas de "los zuecos de la fortuna" (título de un cuento de Andersen, se recordará); lleva a sus tripulantes a cualquier punto del planeta con una velocidad cercana a la del pensamiento.

Los preámbulos de la gran tentación diabólica consisten en pasear a Faustino por las grandezas y miserias del Chile actual, por escenarios como el Club de La Unión, el Club de Golf, algún Club Alemán del sur, brindándole no sólo dinero y mujeres, sino aun la recreación aproximada de ciertos paraísos perdidos de su infancia y juventud, no sin mostrarle también la violencia, la represión y los extremismos en acto del Chile actual. Tras de tanta maravilla viene el contenido de la "transacción": si Faustino vende al diablo su pasado —este Mehistófeles redivivo no se interesa por el "alma", sino por el pasado de la víctima— entonces ésta

ganará un nuevo pasado: un pasado con futuro político. El futuro consistirá, para Faustino, en ser primero el candidato y luego el gobernante de la transición post Pinochet, con seguridades completas —diabólicas— de éxito político, al que se añaden todos los demás placeres que el príncipe de este mundo puede ofrecer a un mortal.

Una vez reconocida la calidad satírica y pintoresca de la novela, cuyo tono verbal es siempre el informativo-verosímil —incluso en los episodios más preternaturales—, debo añadir que, en mi opinión, el problema central del relato es el injerto del otro mundo en éste, de lo mágico-supernatural en lo cotidiano chileno (o alemán, tanto da). Pues en la mente del lector chocan dos convenciones narrativas que no se favorecen entre sí. La primera es la más propia de Edwards: el relato es clave realista y verosímil, por decirlo en términos simplificados. La otra es la convención del mundo mágico maravilloso (Andersen, por ejemplo) donde hay seres sobrehumanos cuyo solo pensamiento puede producir efectos extraordinarios en el universo.

Aquí el injerto, a mí parecer, desafina, incluso si se lo practica en nombre del humor, y quita a lo verosímil del relato, el peso específico al que puede aspirar como tal —dramatismo, denuncia, profundidad, grandeza—, convirtiéndolo en una chacota de tono menor (género no despreciable, por lo demás). Quiero precisar que no es cuestión de verosimilitud, sino de coherencia interna del relato consigo mismo.

En este caso, el lector se resiste al planteamiento del tipo de "supongamos que un chileno, exiliado en Berlín, es tomado por un genio maligno y traído a Chile para..."

Por decirlo con una metáfora ponderativa: Faustino es el Gulliver de Jonathan Swift traído al mundo con la condición humana de André Malraux, con vistas a un experimento político. Así como en el mundo de Swift todo transcurre en forma habitual o posible, excepto las mutaciones de tamaño de Gulliver en relación a ese mundo, de igual modo en *El anfetríon* la realidad —chilena o alemana oriental— discurre por sus cauces naturales en todo menos un factor capital: el poder de Apolinario y de su máquina de siete leguas. Sólo que un experimento como el de Swift, por razones formales, no cu-

dra en un contexto como el de Edwards. Lo diré de otra manera: en la grulla de los universales, también George Orwell plantea, a través de lo preternatural —sus animales racionales y hablantes— una parábola política de totalitarismo, por cierto que llena de humor. Edwards tiene el mismo derecho, sólo que el estatuto de ficción de su novela posee una naturaleza distinta y heterogénea. Introducir en ella una pieza clave de orden mágico —alegórico es cosa que el lector no acepta con naturalidad; no sin que el resto de la novela tienda a lo trivial, a pesar de todos sus méritos, incluidos los episodios cómicos a que da lugar Apolinario Canales.

Así, por ejemplo, en este caso mefistofético no se da el clarescuro moral, el temblor de la indecisión de conciencia, en riesgo de la libertad. Aunque se mencionen tales abismos —y se mencionan con frecuencia—, el carácter preternatural de Apolinario, en vez de sensibilizarnos hacia tales honduras, nos bloquea la experiencia ética. El propio Mehistófeles hace irreal su presunto carácter demoníaco. Podría ser un ente de ciencia-ficción: carece de toda atmósfera sobrenatural. También el drama del exilio, la infidelidad a la antigua causa, el aburguesamiento, la barrera del idioma, la soledad y la desesperanza se ocurren en su dimensión humana por obra de ese diablillo que es Apolinario. El mismo efecto se extiende a la decisión de Faustino: a su negativa de pactar con el demonio de la transición.

Hecha esta salvedad, debe agregarse que, si el lector consigue aceptar al diablillo como real —como una ficción tan verdadera que lo haga interlocutor válido de Faustino—, muchos cosas le agradarán en *El anfetríon*: su ironía, su humor negro, su gracia fantástica, sus hallazgos descriptivos, incluso sus toques poéticos. Y, estemos en el orden natural o preternatural, o en una encrucijada de los dos, siempre captaremos, detrás de los caracteres y los sucesos y los diálogos, el espíritu juguetón y alegre del autor, que sonríe entre líneas, y no necesariamente más allá del bien y del mal. Pues hay una ética política tras esas páginas, si bien —y por fortuna— muy lejos de toda moralaja. Y hay también un cierto tratamiento —moral aunque festivo— de la condición humana en este curioso ensamble de Goethe, Swift, Orwell y Malraux, todos ellos convenientemente acríolados en *El anfetríon*.

El diablo de anfetríon chileno [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El diablo de anfitrión chileno [artículo] Ignacio Valente. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile